



jorge razeto

“Trabajar Cultura”: Reflexiones y prácticas para el Desarrollo Sostenible

Por Jorge Razeto - Chile

“Trabajar cultura con sentido de identidad local comunitaria representa para nosotros la mayor apuesta y aprendizaje, ya que nos permite afirmar con sentido de propiedad que el trabajo cultural es una herramienta efectiva de desarrollo sostenible”.

Muchas son las imágenes que se nos instalan al relacionar la reflexión cultural con los intersticios del desarrollo. Otras tantas nos asaltan al abordar las preguntas centrales que impulsan esta publicación. También son muchos los recuerdos de conversaciones al interior de nuestra organización y de la Red AVINA. Quiero reconocer con esto que durante los últimos años hemos acumulado algunas ideas que corresponden a procesos colectivos de reflexión. Estas constituyen un conjunto básico de pensamientos que han iluminado nuestros sueños y esperanzas, pero que con el correr del tiempo y de las palabras, se nos han instalado como imperativos para nuestros desvelos y prácticas cotidianas. Estas ideas han sido desarrolladas en diversos espacios de trabajo y convivencia y nos han ayudado a compartir inquietudes y aprendizajes, algunos de los cuales exponemos a continuación.

Desarrollo In-sostenible: Un problema cultural

Cuando hablamos de “desarrollo”, hablamos de la forma en que una sociedad entiende el bienestar social y la mejor manera de organizar los diferentes sistemas sociales, económicos y culturales que la componen. Al hablar de “desarrollo sostenible” hacemos referencia a la posibilidad de imaginar un estilo de evolución, que no sólo trasciende las actuales generaciones, sino que incluye las bases de una integración equilibrada con la naturaleza.

La lógica desarrollista imperante, tras la bandera de la modernización, nunca ha considerado este principio tan básico y tan relevante, por lo que su propia continuidad se encuentra amenazada. Junto con ello, también está amenazada la propia especie humana que, al parecer, ha perdido la brújula de la vida social y cultural, para concentrar todas sus energías en torno a la brújula económica. Las consecuencias son conocidas: consumo irracional, sobreexplotación de los recursos naturales y lucha despiadada y deshonesto por la consecución del poder económico y político, que a su vez parece asegurar el control del futuro en torno a un sistema cada vez más desigual e injusto.

Es precisamente esta sensación de descontrol la que nos lleva a plantear la necesidad de un estilo de desarrollo de nuevo cuño, que considere el bienestar social y organice los sistemas sociales económicos y culturales bajo nuevos paradigmas de integración y respeto con la naturaleza y todos sus componentes. Estamos convencidos de que el elemento de variabilidad o diversidad cultural es justamente el que puede convertirse en la base misma de este nuevo estilo de desarrollo. El desarrollo sostenible entonces, no puede limitarse a un modelo, a uno más de los varios paradigmas unívocos que lo han precedido (y que invariablemente han fracasado). Un verdadero desarrollo sostenible debe entenderse como una multiplicidad de opciones de desarrollo, donde la diversidad cultural sea el soporte básico de su búsqueda y por ende, de su realización.

Algunas pistas sobre este tema las encontramos en la antropología latinoamericana contemporánea (Nestor García Canclini y Martín Bonfil), cuando los autores nos remiten a la diferenciación básica entre la desigualdad social

y cultural. En esta carrera desarrollista, que nos ha llevado a competir con todo y contra todos hacia una meta incierta y discutible, se ha mal entendido hasta niveles absurdos que borrando las diferencias culturales se eliminan también las desigualdades sociales. Es justamente este error, entre otros, el que ha llevado a poner en jaque una de las condiciones humanas básicas, el ser cultural, que en esencia es diverso.

El modelo de desarrollo modernista es “in-sostenible”, no sólo porque amenaza ambientalmente las relaciones humanas con el planeta; se ha vuelto “in-sostenible” también porque ha atentado contra una de las características humanas esenciales: la diversidad cultural. En pro de buscar soluciones a las desigualdades sociales, se ha pretendido modelar un sistema único y válido para todos, generado en contextos culturales muy diferentes y que pretende ser legítimo para todos los pueblos que habitan la tierra, sin distinción. La quimera del “salvaje domesticado” que ya el propio Darwin pretendió ingenuamente postular, se ha exacerbado hasta niveles extremadamente sofisticados, con la finalidad de alcanzar la uniformidad de los seres humanos, tras un modelo único y unívoco de forma de vida.

De esta manera, con el fin de superar la desigualdad social, se ha amenazado sostenidamente la diversidad cultural. Hoy nos extrañan los brotes de resistencia cultural, nos asustan manifestaciones radicales y nos abruman los irracionales fundamentalismos violentos. Es obvio que estos últimos han errado el camino y que han violado el principio de respeto que dicen exigir, pero también es obvio que es la propia sociedad y sus sistemas de violencia política y económica, la que les ha allanado el camino y les ha transmitido la misma base de intolerancia que evidencian. Es decir, ese otro, ese diferente, se ha vuelto un igual: se ha vuelto igualmente peligroso.

Es el propio modelo de desarrollo el que ha fallado, el que no ha sabido integrar la diversidad cultural y que, en definitiva, ha incorporado demasiada dosis de intolerancia que nos evidencia su carencia de perspectiva hacia el futuro. Todo esto, al punto que su insostenibilidad se hace cada vez más evidente. La búsqueda de un modelo de desarrollo sostenible se hace, entonces, urgente. No sólo por la necesidad evidente de imaginar una nueva manera de relacionarnos con

nuestro entorno natural, inventando nuevas fórmulas de hacer economía, sino también, por dotar de nuevas miradas la convivencia social. La reflexión sobre la diversidad cultural se encuentra en la base de ello y la construcción de sociedades multiculturales basadas en relaciones interculturales respetuosas y equilibradas, parece constituirse como la pista más potente a explorar.

Multiculturalidad: De la tolerancia a la interdependencia y mutua potenciación

Cuando hablamos de “cultura” hacemos referencia, en términos muy amplios, a las formas de ser y hacer de los pueblos, al conjunto de formas materiales e inmateriales a través de las cuales se expresa la vida social de las personas al interior de un grupo humano. La “cultura” contiene las expresiones cotidianas que le confieren fundamentos de identidad significativos a las sociedades y a sus comunidades. Ella no sólo considera sus dimensiones materiales como las múltiples formas concretas de vida y trabajo, las técnicas y sus tecnologías, las maneras de habitar y de hacer economía, sino que incluye también aquellas de orden inmaterial, como las tradiciones, leyendas, manifestaciones artísticas rituales o religiosas, lenguas, saberes y formas de trabajo, prácticas sanatorias, historias locales, lugares simbólicos, formas de habitar el espacio y vínculos con la naturaleza, entre muchas otras.

Así entendida, la cultura es la base organizadora de la vida en sociedad, que no sólo regula las relaciones entre los hombres al interior de su grupo humano, sino también, los vínculos con otras sociedades, así como las relaciones con la naturaleza y lo trascendente. La cultura es, entonces, el hogar de la “intersubjetividad”, el espacio primario de los aprendizajes y de la formación de la conciencia del ser. Es el campo donde se inicia y conforman las identidades culturales. Estas, responden al espacio de las significaciones y se constituyen en torno a dos componentes: pertenencia y referencia. La pertenencia alude a “quién soy”, “de dónde soy”, “cuál es mi arraigo”, “quiénes son los míos” y “cuál es mi territorio”. La referencia por su parte, alude a “de quién me diferencio”, “a quiénes considero los otros”, “desde dónde comienza su territorio”, etc. Así, la identidad es una permanente mirada a mi propia cultura respecto de la cultura de los otros. Una mirada inicial es “conformadora” o “constitutiva” del sentido de identidad propio, que en un momento siguiente nos plantea



la necesaria mirada al otro, a la diferencia cultural, pues el reconocimiento de una cultura nos lleva a reconocer la existencia de otras.

Los tiempos modernos nos obligan a asumir que nuestras sociedades son multiculturales, producto de la innegable coexistencia de distintas culturas en un mismo espacio social. Es decir, el concepto de “multiculturalidad” nos lleva a reconocer la simultaneidad de grupos culturalmente diferenciados que comparten un territorio o componen una sociedad. En la actualidad, es fácil reconocer esto, ya que prácticamente no existen sociedades uni-culturales o culturalmente homogéneas, sino que se componen de culturas diversas. Por ejemplo, cuando nos referimos a las diferencias étnicas, podemos constatar la existencia de pueblos originarios o de comunidades campesinas diferenciadas, pero la mirada resulta más difícil si incorporamos diferencias culturales más sutiles al interior de una sociedad, como criterios de género, religión, opción sexual, grupos marginales, movimientos sociales, discapacitados y emergencias musicales o artísticas, entre otros. El mero reconocimiento de esta diversidad no asegura necesariamente la coexistencia armoniosa de estas culturas diferentes, por el contrario, existen grupos dominantes y dominados, existen rasgos culturales impuestos a otros y apropiaciones culturales. Nuestra sociedad es fuertemente segregadora de cultura.

Se nos hace perentorio, entonces, cualificar el tipo de multiculturalidad que queremos, de acuerdo con el tipo de relaciones interculturales a las cuales aspiramos en la perspectiva de una sociedad culturalmente sostenible, que incluye una visión integradora de la multiculturalidad, a la vez que evoca relaciones interculturales horizontales y democráticas. De esta manera, una sociedad culturalmente sostenible se refiere a una comunidad que acoge e integra a su propia diversidad cultural, que la reconoce en su definición (identidad) y que no sólo fomenta relaciones tolerantes y armoniosas entre las diferentes comunidades culturales que existen en su interior, sino que abre espacios entre ellas para una mutua interdependencia, es decir, para un sistema recíproco de influencias donde unas y otras se potencian interactivamente.

La esperanza se nutre al considerar que la cultura no es estática. Las formas de ser y hacer de los pueblos son dinámicas y su acumulación material e inmaterial puede ser concebida como su patrimonio o capital cultural. Es el acervo acumulado por generaciones, que de manera continua y móvil, va moldeando las identidades y las manifestaciones cotidianas de esas formas de ser, que al ponerse en contacto con otros modos de ser y hacer, crean nuevas visiones de la vida en sociedad. La creatividad y la innovación son resultado de múltiples y diversos mecanismos a través de los cuales las culturas evolucionan internamente e

incorporan novedades extraídas de otros entornos sociales, que son adaptados a las condiciones propias de cada sociedad. Es esta la manera en que se ha ido construyendo la historia humana, y sobre la que se puede tejer de manera esperanzadora la mirada del futuro. Así, la pobreza y fragilidad de una comunidad local puede constituir también una fortaleza y transformarse con ello en cierta fórmula que puede enriquecer y dignificar las prácticas comunitarias más dañadas socialmente, sin que ello signifique transar las identidades y valores propios.

Desarrollo sostenible: Un desafío de “cultudiversidad”

Un paisaje naturalmente bello se concibe a partir de un conjunto de componentes diversos, como luz, agua, tierra, materias animadas e inanimadas. Una estructura compleja de elementos propios de la naturaleza, cuya dinámica, armonía y estética, se pueden percibir desde las preferencias y los intereses individuales y colectivos. Esta misma figura nos sirve para construir la imagen conceptual de “paisaje cultural”, entendida como un escenario social, integrado por un conjunto de componentes culturales diversos. En su composición podríamos identificar no sólo las variables étnicas más evidentes, sino a su vez, un conjunto de ámbitos donde se expresa la dimensión cultural íntegra del hombre; es decir, los saberes, sus instrumentos, las creencias, ritos, costumbres, rutinas cotidianas, formas de amar y de pensar, productos, dioses, música e imágenes, mitos de origen y trascendencia, las palabras y los lenguajes, signos, medios y fines, sueños, miedos y esperanzas...

Esta analogía entre lo natural y lo cultural sirve para homologar los tópicos de la diversidad biológica y cultural, como los mejores argumentos posibles de sustentabilidad de nuestra sociedad. Si la biodiversidad es una condición de futuro, la diversidad cultural consciente (o “cultu-diversidad”) también lo es. Una sociedad que valora, asume y fomenta sus diversidades naturales y culturales estará mejor preparada para abordar los desafíos que el futuro depara. Cualquier opción de desarrollo sostenible parece adquirir este desafío como condición.

Estas formas diversas de ser y hacer marcan una característica fundamental del ser humano, que es la enorme diversidad cultural que poseemos como especie,

la que a su vez nos diferencia de las otras especies que pueblan la tierra. Nuestra especialización natural es justamente la diversidad cultural, que ha demostrado ser una gran herramienta de supervivencia y adaptación a un medio natural, diverso en esencia, pero desde una perspectiva biológica. Así, la diversidad natural biológica del planeta contiene las bases de la supervivencia de las especies sobre la tierra, de la misma manera que la diversidad cultural contiene las bases de la supervivencia social humana. Es justamente esta tendencia la que hoy parece estar siendo amenazada por una creciente voluntad uniformadora de la vida social, especialmente notoria a través de la creciente tendencia de unificación del consumo, que se constituye a su vez en una de las características dominantes de la era moderna.

Las tendencias homogeneizadoras del mundo global marcan una evidente dominación cultural, en que la diversidad cultural se reduce a un dato anecdótico, que interesa sólo a los románticos defensores de los pueblos marginales, tradicionales y olvidados. La diversidad cultural se pierde y la lucha por la supervivencia cultural es cada vez más compleja. No obstante, también emergen tendencias que muestran un camino inverso, donde lo local, lo tradicional y lo marginal, aparecen como portadores de nuevas dimensiones de vida.

Una imagen en este sentido estaría dada, por ejemplo, en los aportes que las minorías étnicas podrían hacer al conjunto de la sociedad en ámbitos tan importantes como la medicina o la botánica. De esta misma manera, pueden aportar en materias de tecnologías socialmente apropiadas o de desarrollo de la espiritualidad y pueden contribuir en aspectos de convivencia y recreación. Más radical, pero no por ello irreal, nos parece el aporte que una organización popular urbana puede hacer en materias de superación de la pobreza o la influencia que un grupo hip-hopero tiene en la ampliación de los criterios estéticos y musicales de la sociedad. Los ámbitos de la economía, la tecnología, la moda, la convivencia, la religión o la estética, no siempre estarán definidos desde lo establecido o desde lo “correcto”, sino que es posible imaginarlos en permanente dinámica, de acuerdo con los comportamientos del conjunto de actores culturales que tiene cualquier comunidad social en este período histórico.

En este sentido, el trabajo que realizan las organizaciones de la sociedad civil en torno a la gestación de procesos

de valorización cultural, constituye un gran aporte a la construcción cotidiana de un modelo de desarrollo alternativo de nuevo cuño, donde se visualiza la posibilidad de que aquella parte de la sociedad, que ha estado escondida, marginada, permanentemente soslayada, aparezca en escena y traspase las barreras de lo marginal para adquirir cierta dosis de centralidad.

Hablamos de la posibilidad de valorización y reconocimiento para comunidades social y culturalmente humilladas, que lentamente adquieren un espacio para hacerse conocidas y valoradas, con el consistente refuerzo de identidad que esto implica. La posibilidad de que las propias comunidades asuman la responsabilidad de su identidad cultural es un principio que se encuentra en la base de un nuevo criterio de desarrollo, que no sólo nos resulta más sostenible, sino también, éticamente defendible y socialmente responsable.

Sin lugar a dudas esto constituye una imagen enriquecedora de la sociedad. Cualquier opción de desarrollo sostenible tiene como condición el desafío de construir una ética que transite desde la tolerancia hasta la aceptación y convivencia armónica entre grupos culturalmente diversos, lo que a estas alturas parece conformar uno de los mayores desafíos imaginables.

Trabajando cultura en el Centro de Artes y Oficios Almendral

Por todo esto es que desde nuestra organización hemos estado trabajando cultura. Muchas de las reflexiones precedentes se inspiran tanto en la observación de la realidad, como en las experiencias de intervención cultural implementadas por nuestra Corporación CIEM Aconcagua, en la Provincia de San Felipe, en Chile, y particularmente se basan en el quehacer del Centro de Artes y Oficios Almendral¹. Aquí, en 1995, a partir de la restauración de un antiguo convento franciscano, se levantó una propuesta de intervención aplicada desde el plano cultural, basada en el principio de que la dimensión cultural puede ser una variable activa en el mejoramiento de las condiciones de vida de las comunidades y de las sociedades en general,

convirtiéndose en una legítima herramienta de desarrollo. Si a esta condición básica le sumamos la visión estratégica esbozada en los párrafos precedentes, podemos decir que la variable cultural puede ser una efectiva herramienta de desarrollo sostenible. Al menos así lo permite intuir nuestra experiencia.

Cuando hablamos de “trabajar cultura”, nos referimos a incorporar un conjunto amplio de dimensiones culturales a la experiencia cotidiana de intervención social. Ello podemos reconocerlo en una diversidad de expresiones.

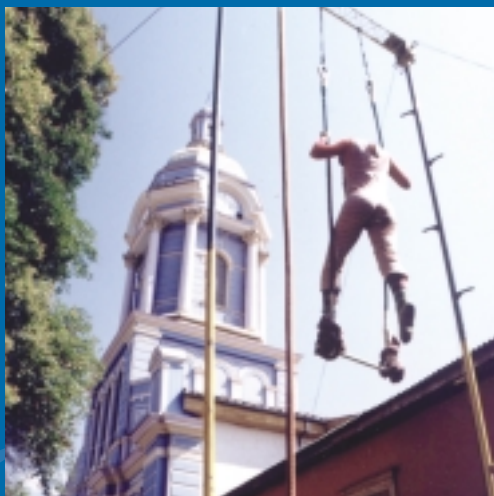
Extensión y educación artística

En el Centro de Artes y Oficios Almendral se ofrece una nutrida oferta artística. Allí, una Galería de Arte, que durante ocho años ha realizado más de 110 exposiciones de artistas locales y nacionales, es un lugar de diálogo entre las múltiples realidades de producción artística. Además, en sus instalaciones se han realizado más de 40 ciclos de cine arte. Talleres de teatro, danza, música, narración oral y otros muchos eventos, conforman la parrilla cultural que ha convocado anualmente a miles de personas. Entre ellas se puede reconocer la diversidad plena de la comunidad “aconcagüina”, no importando nivel socioeconómico, sexo, edad, procedencia urbana o rural. Especial interés para nosotros tiene la comunidad escolar. Niños y niñas, junto a sus profesores de historia y arte, participan y se integran a esta casa mágica, que de manera simultánea detiene el tiempo, a la vez que lo proyecta al futuro. Estos alumnos abren sus emociones y percepciones, despiertan a la creatividad y se fascinan con los secretos del artista y sus obras, anclados en su historia personal y colectiva.

Museo de Oficios

En el año 2004, el Centro Almendral inauguró una amplia línea museográfica, que combina la arqueología, antropología, etnografía, conservación, restauración y otras disciplinas complementarias. Su primera exposición semi-permanente titulada “2000 años de Arte Alfarero en Aconcagüa” es un recuento sin precedentes de la

¹ El Centro de Artes y Oficios Almendral se ubica en un pequeño poblado rural de 1.500 habitantes; sin embargo, su radio de influencia abarca todo el valle del Aconcagüa, es decir 2 Provincias y 10 comunas chilenas, con cerca de 250.000 habitantes en total.



prehistoria, historia y actualidad del oficio de la cerámica en el valle. Una variada colección museográfica en una intervención paisajística ambientada en cuatro épocas cronológicas secuenciales, constituye una expresión educativa novedosa e impactante. La posibilidad de que la comunidad adquiera una perspectiva amplia de su tradición cultural a través de la línea de tiempo de uno de los oficios tradicionales que aún perdura en Aconcagua, parece una herramienta eficaz de educación para el desarrollo sostenible.

Escuela de Oficios Artísticos

Las artes aplicadas son una alternativa de desarrollo laboral para una parte de los jóvenes de Aconcagua que buscan insertarse laboralmente más allá de las escasas oportunidades formales que el mercado de la fruta les ofrece. Así, desde 2001, nuestro Centro Almendral, a través de la Escuela de Oficios Artísticos, imparte formación en Cerámica, Orfebrería, Joyería Artística, Artes Gráficas, Grabado y Cerrajería. El centro tiene una propuesta curricular que combina el aprendizaje aplicado del oficio con una formación amplia en el ámbito de las artes y la cultura, incluyendo historia y antropología del arte, estética, diseño, gestión cultural y desarrollo personal, entre otras materias. De esta manera, se proyecta la vigencia de estos oficios tradicionales, que no sólo se encuentran en la base de la cultura local, sino que progresivamente vuelven a asumir un sentido de identidad de Aconcagua. Los nuevos productos elaborados por estas generaciones de artesanos, si bien contienen elementos innovadores significativos en el aspecto técnico y económico, son tributarios de una tradición y de un sentido de pertenencia al territorio que los cobija. Una vez más, la intervención con sentido cultural se vincula directamente a las potencialidades sostenibles de desarrollo de esta comunidad.

Historias locales

No sólo trabajamos cultura en forma centralizada, también ampliamos la acción a otros espacios comunitarios. Una muestra de ello es la experiencia aplicada de “Investigación y publicación de la colección de historias locales de Aconcagua” en la que 10 grupos de jóvenes comunitarios aceptaron la invitación a indagar en su identidad a través de la recopilación de material oral y fotográfico. Los equipos trabajaron por más de

un año, hicieron entrevistas a los mayores, solicitaron fotografías antiguas, rescataron anécdotas y vivencias colectivas, situaciones críticas, conflictos internos y externos, tecnologías y oficios antiguos, eventos y conmemoraciones de diversa naturaleza, tradiciones, cuentos y leyendas, entre otros. Las experiencias de los grupos se convirtieron en 10 libros publicados por Ediciones Almendral, bajo el título de “La colección de historias locales de Aconcagua”. Por medio de esta iniciativa, la comunidad reconoció los fundamentos de su identidad, transmitió a las generaciones jóvenes un conjunto de saberes y valores propios y discutió acerca de sus sentidos originarios. Nuestra percepción es que una comunidad que conoce su historia, que valora sus tradiciones y sus saberes y que indaga en sus fortalezas y debilidades diacrónicas, puede tener mucha más claridad respecto de sus sentidos de futuro.

Red Comunitaria de Turismo Patrimonial

Los grupos que participaron en el rescate de sus historias locales se activaron en torno a sus potencialidades económicas y constituyeron la Red Comunitaria de Turismo Patrimonial de Aconcagua, a través de la cual se integran y pretenden mejorar sus ingresos, al mismo tiempo que buscan preservar el patrimonio natural y cultural local. Tomar conciencia de sus riquezas patrimoniales, los hace inventar modelos de gestión sustentable para sus recursos, ofreciendo a los visitantes los componentes de dicho patrimonio; es decir, ofrecen compartir sus paisajes naturales y culturales, su flora y fauna nativa, sitios arqueológicos, oficios tradicionales, artesanías y leyendas. Todo su bagaje natural y cultural. Esta oferta está vinculada a la imperiosa necesidad de resguardar aquello que es tan valioso como cuidar sus tesoros, porque de ello depende también su futuro y, con mayor seguridad, el de sus hijos y nietos. Así, una comunidad “empoderada” en torno a su patrimonio, historia, saberes, oficios, paisaje cultural y natural, que se articula en redes de gestión asociativa, se potencia con un sentido propio, diferenciado y diferenciador. Por lógica, se encontrará aportando a la necesaria diversidad cultural de la cual hemos venido hablando, pero no de forma teórica, sino que aplicada a la realidad, a su propia realidad, pero también a la de su región y de su país. De esta manera, también aportará un pequeño grano de arena a la necesaria diversidad cultural de la humanidad.

Algo más está pasando en Aconcagua

Nuestra organización CIEM Aconcagua, a través de las diversas acciones ya referidas que imparte el Centro de Artes y Oficios Almendral, interviene en la dinámica cultural de la zona, transformándose en un actor validado y legitimado en el ámbito territorial local. Trabajar cultura por más de 10 años nos permite hoy reconocer con orgullo que algo más está pasando en Aconcagua; que en diversos y múltiples espacios de animación cultural, nuestras ideas, reflexiones y actividades se multiplican y reproducen, de manera absolutamente descentralizada y autogestionada por otros grupos e iniciativas de diversa índole. Esto es para nosotros el verdadero sentido de nuestra intervención. Es hacer de la cultura una variable activa de intervención social. Trabajar cultura con sentido de identidad local comunitaria representa para nosotros la mayor apuesta y aprendizaje, ya que nos permite afirmar con sentido de propiedad, que el trabajo cultural es una herramienta efectiva de desarrollo sostenible.

De esta forma, asumimos que sobre la cultura se puede trabajar y así, influir sobre un conjunto mucho más amplio de dimensiones de la sociedad, las motivaciones personales, los intereses políticos, las formas de economía, las tendencias del consumo y las relaciones con la naturaleza. Trabajar cultura implica hacer una reflexión profunda sobre la vorágine moderna y sobre sus impactos en nuestras vidas cotidianas. Trabajar sobre las dinámicas culturales nos reubica en la encrucijada clave sobre el tipo de desarrollo que queremos para nuestra sociedad, y con ello, se nos abren horizontes de esperanza.

VIVA